

JOSE MIGUEL TORRE

Remembranzas y Encuentros en un Largo Recorrido



SOCIEDAD POTOSINA DE ESTUDIOS MEDICOS
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

SAN LUIS POTOSI, S. L. P., MEXICO, 1995

EX LIBRIS



SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U.A.S.L.P.

808-8501
TGR4

No. DE REG.

FLH933

0430-95033-B-0105

Editorial Universitaria Potosina

La mesa directiva de la Sociedad Potosina de Estudios Médicos acordó a finales de 1994, que cada año, para conmemorar la fecha de su fundación, se efectuara una sesión especial el miércoles más cercano al día 4 de julio, que fue, en el año de 1951, el día que nació esta agrupación de carácter académico que ha trabajado formalmente hasta ahora.

*Igualmente se decidió que este acto llevara el nombre de: **Conferencia Magistral Dr. José Miguel Torre** y que se realizara por primera vez el miércoles 5 de julio de 1995, al iniciarse el cuadragésimo quinto año de su fundación.*

Para esta primera ocasión se acordó que el sustentante fuera el propio Dr. Torre, así como que el encargado de hacer la presentación del conferenciante fuera el Dr. Cesáreo Costero.

Hoy, sale de la Editorial Universitaria Potosina este folleto gracias a un generoso acuerdo del Ing. Jaime Valle Méndez, Rector de nuestra Universidad, y al empeño y la capacidad del C. P. José de Jesús Rivera, Director de la Editorial. Integran el texto las exposiciones sustentadas en esa sesión conmemorativa por el Dr. Costero y el Dr. Torre.

Me han pedido que presente al Dr. José Miguel Torre López y créanme que no es tarea sencilla. Para ello, podría enunciar su Curriculum Vitae, como se hace en ocasiones semejantes, y así cumpliría en exceso los fines de esta Sesión de Gala. Sin embargo, la personalidad del Dr. Torre es conocida por todos ustedes, desde aquellos Ciclos de Días Médicos que tenían por sede al Hospital Central hasta ahora. Yo me siento incompetente para hacerlo en esa forma o para expresar con exactitud la magnitud de sus antecedentes a través de los años que él lleva de servir a San Luis Potosí.

Conozco al Dr. Torre desde mi arribo a esta ciudad, hacen casi 25 años, junto con los doctores José de Jesús Macías y Rodolfo Narro, entonces directores de la Escuela de Medicina y del Hospital Central respectivamente. Fueron ellos las primeras personas con quienes tomé contacto y de quienes, me place decirlo, conservo orgullosamente su amistad. Al Dr.

José Luis Leiva, por su parte, ya lo conocía desde mi paso por el Hospital de Enfermedades de la Nutrición y el Instituto Nacional de Cardiología. La satisfacción ahora es mayor al darme la responsabilidad de compartir esta Sesión Aniversario de nuestra Sociedad.

La presentación por primera vez de la Conferencia José Miguel Torre López, dada por su titular, me parece que ha sido una excelente idea del Dr. Francisco Javier Moncada; en tanto es un compromiso inmerecido para mí, el resaltar la figura del Maestro y del amigo. Del primero, como trasmisor de cultura, como científico y como directivo, y del segundo, como amigo leal, íntegro, generoso y solidario, virtudes todas que no siempre van unidas.

El Dr. Torre tiene la espeluznante experiencia de un medio siglo contradictorio. Desde la postguerra mundial y su querido Instituto Nacional de Cardiología, al Hospital Central y a las ideas esperanzadoras del fin de la centuria, y en el entorno de la conquista del espacio y de la Academia Nacional de Medicina, ha conocido la ingeniería genética y la cardiología intervencionista.

La época romántica del siglo, lo llevó a crear la Sociedad Potosina de Estudios Médicos hace justamente 44 años y, más recientemente, la Sociedad Potosina de Cardiología, bajo un entrañable amor por San Luis.

En este panorama, ha visto resplandecer la hi-

dalguía humana tanto como las deslealtades. Ha observado el humanismo de Juan Rulfo y de Ortega y Gasset, de Pablo Neruda y de Carlos Fuentes, de Gabriela Mistral y de Dulce María Loynaz, así como las reacciones populares ante el mercantilismo avasallador y extranjerizante. Frente a los propósitos mezquinos y autocráticos de dirigentes políticos, que incluso han alcanzado tristemente a nuestros Maestros Universitarios, el Dr. Torre ha infundido capacidad y nobleza.

Ante toda esta experiencia, señores, mi admiración y respeto.

De esta forma, el Dr. Torre podría señalar de acuerdo con su Maestro Ignacio Chávez: "mi lección de los años no está hecha de amargura ni de pesimismo, sino de esperanza".

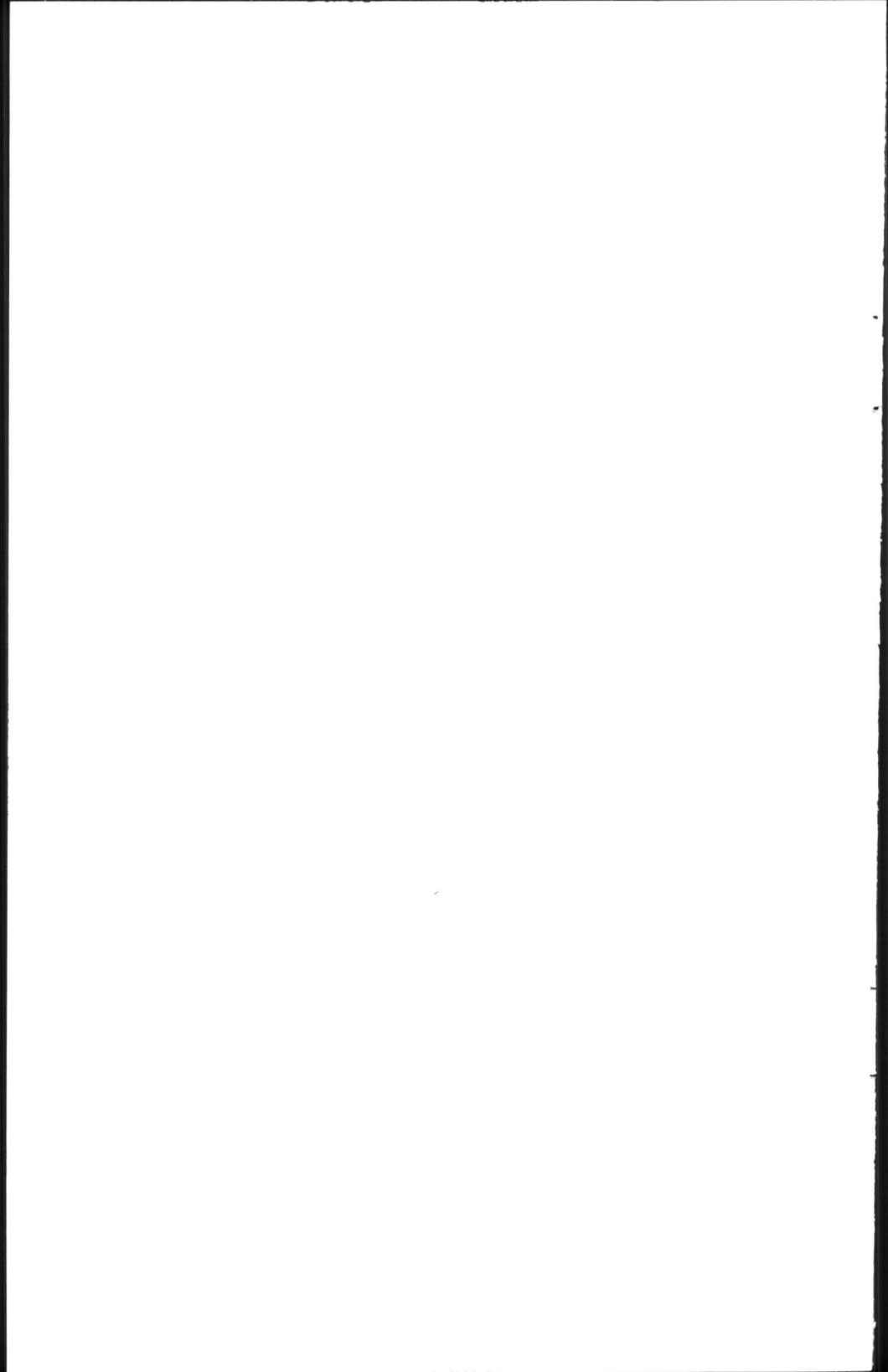
La entereza en la adversidad y la elevación de los niveles médico-científicos han quedado plasmados en nuestra Sociedad, juntando las vidas y los trabajos de actualidad de diferentes médicos, para procurar llegar juntos, mucho más allá de donde cada uno en particular podría hacerlo.

Recibimos ahora al Dr. Torre como Médico Honorario distinguido del Hospital Central y como Profesor Emérito de la Universidad; es decir, los ámbitos en donde ha realizado la enseñanza de sus actuales alumnos y son los medios en que a través de su enorme e ininterrumpida labor editorial, continuará educando.

El escribir páginas importantes, así como descubrir la verdad tanto como el error, son las únicas formas de perdurar y de trascender en los medios científicos y académicos.

Por lo tanto, me place dar la palabra ahora al Dr. Torre, en la Conferencia Aniversario de la Sociedad Potosina de Estudios Médicos que lleva su nombre.

Dr. Cesáreo Costero



REMEMBRANZAS Y ENCUENTROS EN UN LARGO RECORRIDO*

Hoy, en este recinto al que asisto por primera vez, la sensación que me embarga es de gratitud; sólo que de gratitud cabal y emocionada por el paso que ha sido tomado por los integrantes de la actual Mesa Directiva para distinguir, en forma sobresaliente, al miembro más antiguo de esa Sociedad. Se ha decidido dar nacimiento a una Conferencia Magistral, a la que se le ha puesto mi nombre, y que se

* Auditorio "Dr. Gonzalo Ramírez Aznar" del Hospital Central "Dr. Ignacio Morones Prieto" en San Luis Potosí, S. L. P.

sucedirá cada año el miércoles más cercano al cuatro de julio, día en que un sueño largamente acariciado tuvo su despertar feliz y nació esta agrupación.

Ofrecí, cuando se me invitó tan generosamente para que yo fuera el primer sustentante de este ciclo de Conferencias, que expondría algo sobre mis recuerdos y los encuentros que se han sucedido en este caminar por el sendero de la medicina que se inició hace 58 años, cuando nos inscribimos en la Universidad Potosina unos cuantos bachilleres para iniciar los estudios profesionales.

Quiero recordar que entonces la enseñanza de esa profesión se efectuaba al lado de los estudios de "Preparatoria" y de varias carreras profesionales, en la casa que nos era común: el recinto de nuestra Universidad, ubicado en la "Plaza de la Compañía", como le llamábamos todos, al mismo tiempo que se le conocía por "Plaza de los Fundadores". Allí saludábamos, al llegar al patio principal, lo mismo a profesores que nos habían enseñado las materias de los dos años del bachillerato que a estudiantes de leyes y de ingeniería, o a los de las carreras de ciencias químicas y de comercio y administración que apenas nacían entonces.¹ Allí, en ese ámbito, comenzamos a recibir las primeras enseñanzas de la profesión, a través de maestros que recordaríamos para siempre. Especialmente despertaban nuestro interés, por adentrarnos en el camino de la medicina, los maestros Abundio Estrada en la enseñanza de la anatomía descriptiva² que la maestra "Chucha Uresti" quien nos dirigía, con ejemplar paciencia, para hacer las disecciones



en cadáver en el anfiteatro del Hospital Dr. Miguel Otero y el maestro Gustavo Flores, profesor de microbiología en el segundo año de la carrera, hermano de uno de nuestros compañeros de estudio: Carlos Flores Cuéllar, por quien sentíamos, todos los de la generación, especial aprecio y que nos dejó para siempre unos cuantos días después de haber presentado su examen profesional.

Esos eran los primeros pasos. Quién habría de pensar que esa Universidad en la que prácticamente todos los alumnos nos conocíamos y nos saludábamos al lado de los maestros, habría de llegar a tener, en el correr del tiempo, un número de estudiantes nunca imaginado entonces. En 1984, esa Universidad alcanzó la cifra de 26,394 alumnos inscritos en sus 19 escuelas.³

La generación formada por los alumnos que iniciamos los estudios profesionales de 1937 se dividió pronto en dos ramas: una, la que concluyó la carrera en la Universidad nuestra, y la otra, la formada por un pequeño grupo que al concluir el segundo año de estudios pasó a la Facultad Nacional de Medicina. En el antiguo edificio de la Plaza de Santo Domingo se enseñaban las materias teóricas, y en el Hospital General y en el Hospital Juárez aprendíamos las disciplinas que requerían la atención clínica.

Quienes nos trasladamos a la capital del país en 1939, para cursar el tercer año de la carrera, vivimos esa experiencia con una sensación de incertidumbre por el ambiente que cambiaba sustancialmente.

Del mismo modo sentíamos una grata emoción al traspasar el portal de la “Casa Chata de Santo Domingo” que al llegar a las salas de los enormes hospitales en donde las hileras de camas nos parecían interminables.

A finales del año de 1942, quienes estudiábamos en el Distrito Federal, salimos a cumplir con el Servicio Social en pequeñas comunidades que carecían de luz, de agua entubada y de calles pavimentadas. Instalados en esas poblaciones comenzamos a vivir la relación médico-enfermo, que nos abría una nueva perspectiva en nuestra profesión.

El espectáculo que se nos ofrecía al vivir ese contraste impresionante, también marcó su huella en quienes nos dispersábamos por el territorio nacional para cumplir con el acuerdo tomado por el maestro Gustavo Baz⁴ y poder ofrecer, de ese modo, atención médica — así fuera con las obvias limitaciones que era razonable suponer — a los habitantes de esas poblaciones en las que se carecía de todo lo referente a atención médica.

En la Escuela de Medicina de San Luis Potosí, el Servicio Social se instaló al año siguiente. La enseñanza de la clínica, que se impartía en el Hospital Civil Dr. Miguel Otero, era el último paso que se daba antes de presentar el examen profesional.

Esta generación nuestra vivió también con especial interés el gran paso que se dio entonces para poner en marcha los grandes centros para la atención

especializada en la capital del país, que constituyeron, al mismo tiempo, las instituciones para formar especialistas en cada una de las disciplinas que eran la razón de ser de cada una. Esta trascendental transformación que se dio en nuestra patria, era común para quienes se habían titulado en nuestra ciudad natal que para los que recibimos el título en la capital del país.

Así, el 30 de abril de 1943 vimos nacer el Hospital Infantil de México, gracias, en buena parte, al empeño y la dedicación que puso el maestro Federico Gómez Santos, que ocupó la dirección de la institución desde el día de su inauguración, que al respaldo generoso y entusiasta del maestro Gustavo Baz, a la sazón Secretario de Salubridad y Asistencia,⁵ que con la misma disposición apoyó el nacimiento de las otras dos grandes obras que nacerían poco después: el Instituto Nacional de Cardiología y el Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

Por el Hospital Infantil de México han pasado una serie de médicos potosinos que han hecho su especialidad allí. El primero fue el Dr. José Martínez Posadas, que hizo su residencia desde que nace la institución hasta mediados de 1945; el segundo fue el Dr. Genaro González Barajas, que la realizó durante los años de 1945 y 1946, y así siguen concurriendo hasta integrar una serie que tiene vigencia hasta ahora.⁵

Un año después, el 18 de abril de 1944, nace gracias a la ejemplar labor del maestro Ignacio Chá-

vez, el Instituto Nacional de Cardiología.⁶ Institución, que a juicio de uno de los más prestigiados especialistas extranjeros que asistieron a la inauguración, constituía toda una azaña de calidad única. Por esa razón, escribió el Dr. Frank N. Wilson, “ningún lugar en el mundo promete tanto como hospital, como agencia de salud pública, como instrumento de educación y como Instituto de investigaciones en el campo de las enfermedades del corazón y de los vasos”.⁷

También por esa casa han pasado, para adquirir su preparación especializada, una larga lista de médicos potosinos a quienes se ha recibido siempre con las puertas abiertas desde el nacimiento de la institución, hasta el día de hoy.

El Hospital de Enfermedades de la Nutrición abre sus puertas el 12 de octubre de 1946⁸ gracias al empeño y al esfuerzo puestos por el maestro Salvador Zubirán. El, durante varios años, trabajó en el proyecto para crear esa institución como sucedió con el Instituto Nacional de Cardiología, en los pabellones del Hospital General en los que se fueron gestando estas instituciones que, al lado del Hospital Infantil, dieron una nueva fisonomía a la atención médica, a la investigación y a la enseñanza en sus respectivas disciplinas.

En el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, años después convertido en Instituto, se ha formado también toda una constelación de especialistas en las disciplinas que allí se enseñan; entre los cuales hay numerosos potosinos. Para el año de 1986 trein-

ta y ocho médicos potosinos habían obtenido su preparación de postgrado allí y treinta y dos habían regresado a su tierra natal, para cumplir labores docentes en la Escuela de Medicina la gran mayoría, o para ejercer la especialidad correspondiente en diferentes centros de atención médica.⁹

Estas tres grandes instituciones se deben, en buena parte, al empeño del entonces Secretario de Salubridad y Asistencia, el maestro Gustavo Baz, quien, además, construyó y puso en marcha 250 hospitales a lo largo del territorio nacional.¹⁰ Y surgieron precisamente cuando el mundo se debatía bajo la tragedia de la guerra mundial. Doloroso espectáculo que estaba en todas las mentes de ese tiempo.

En este camino, dando apenas los primeros pasos de nuestra formación profesional, aprendimos que había maestros con quienes se establecían lazos de amistad que no habíamos imaginado y que nos abrían un escenario que era propicio para estrechar las relaciones con los que sentíamos más ligados a nosotros. Resulta grato todavía recordar los convivios de los alumnos del curso del maestro Raoul Fournier desde el año de 1939. Y, desde 1940, con el maestro Ignacio Chávez el día de su onomástico; que comenzaba con "las mañanitas" y continuaba con el desayuno en el que no faltaba la actuación del Dr. Alfonso Ortiz Tirado, interpretando lo mejor de la canción mexicana de esos tiempos. Esos eran sólo momentos de esa relación maestro-alumno que se vivía entonces y que no podemos olvidar.

Una vez obtenido el título profesional comenzó

el caminar como médicos, para seguir el rumbo que a cada uno le trazaba la vida. Quienes seguimos el camino de la cardiología no podemos olvidar a los maestros que en el Instituto nos enseñaron a dar los primeros pasos en la disciplina que nacía; como recordamos también a las grandes figuras de la medicina de nuestro continente, desde Canadá hasta Chile y Argentina, que con gran interés asistieron a la inauguración de la institución que nacía y que, también como los mexicanos, admiraban la obra del genial Diego Rivera, que plasmaba, en sus dos grandes frescos, la historia de la cardiología. Obra admirable que años después, una vez terminada la guerra, pudo ser contemplada también por las grandes figuras de la cardiología europea; muchas de las cuales quedaron allí plasmadas para siempre.

Una actividad que tuvo relevancia especial y que contribuiría a establecer contacto entre los maestros y los estudiantes de medicina de la Universidad de San Luis Potosí con destacados maestros procedentes de la capital del país, así como de los Estados limítrofes, fue la serie de reuniones que con el título de "Ciclos de Días Médicos" se organizaban periódicamente a partir del año de 1940, cuando se realizó el primero, que tuvo por sede, el Hospital Civil Dr. Miguel Otero durante los días 26 a 30 de mayo para la actividad clínica y el Salón de Actos de la Universidad para las exposiciones teóricas.

Los gestores de estos Ciclos fueron los doctores Ignacio Morones Prieto, Jesús N. Noyola y Enrique Anaya, que vivieron siete de estas destacadas reuniones en el lapso de 19 años. El último, se desarrolló

del día 13 al 16 de septiembre de 1959 y el comité organizador quedó integrado por los doctores Pedro Bárcena, Genaro González Barajas y Enrique Anaya que ocuparon los puestos de presidente, secretario y tesorero respectivamente. En estos eventos se cumplía además, con un programa social, en el que los profesores potosinos ofrecían en su propia casa un convivio que se integraba con algunos de los médicos invitados, al lado de varios potosinos y familiares del anfitrión. A partir del Tercer Ciclo el escenario fue el Hospital Central, que había sido inaugurado dos años antes de este evento.

Cuando se celebró el Cuarto Ciclo, en abril de 1950, se anotó: "En esta ocasión la ceremonia inaugural se realizó en el Teatro de la Paz. Ya se había observado que el Auditorio del Hospital no era suficiente para alojar a los profesores, a los alumnos y a los invitados especiales a actos de esta naturaleza. Por ello, se utilizó la sala de nuestro máximo coliseo con ese propósito. El resto del programa se desarrolló, como en el Ciclo anterior, en las instalaciones del Hospital".¹¹

Otro acontecimiento digno de recordarse ahora, por la trascendencia nacional que tuvo, así como por haberlo vivido los integrantes de nuestra generación desde la época de estudiantes, fue el movimiento de inmigración de médicos españoles a raíz del comienzo de la Guerra Civil en su país natal, iniciada en 1936.

Baste recordar ahora que poco más de 500 mé-

dicos españoles emigraron a México por ese motivo. Cifra que representa el 10% del total de profesionistas que estaban en ejercicio en nuestro país entonces.¹²

La emigración de estos médicos españoles que llegaron para incorporarse a la docencia, a la investigación y a la práctica profesional, no cabe duda que le dio un toque peculiar a nuestra profesión. Se ha señalado en diversas ocasiones este cambio que se vivió entonces. El maestro Ignacio Chávez señaló "Me refiero al grande, al enorme beneficio que recibimos al incorporar a la vida médica del país a los colegas españoles exiliados".¹³

Dos de ellos, tuvieron su campo de acción en el Instituto Nacional de Cardiología. Con ambos tuve la fortuna de establecer una relación amistosa que venturosamente se prolongó hasta el fin de la vida de cada uno. El primero que pisó nuestra patria fue el ilustre maestro Isaac Costero, quien, en sus propias palabras y con el entusiasmo y la alegría que lo caracterizaron señaló: "El amanecer del 15 de agosto de 1937 nos mostró en el horizonte, ante nuestra proa y sobre el aún lejano puerto de Veracruz, el fabuloso destello del Citlaltepétl".¹⁴ El se trasladó a México correspondiendo a una invitación hecha por el maestro Ignacio Chávez para ocupar el puesto de su especialidad en el Instituto de Cardiología, cuyo proyecto de construcción estaba concluido entonces. Mientras se ponía en marcha esa Casa se designó al maestro Costero Director del Laboratorio de Investigaciones Anatomopatológicas del Hospital General.

Su labor allí duró hasta abril de 1944 cuando se inauguró el Instituto y pasó a ocupar la jefatura del Servicio de Anatomía Patológica. Durante estos siete años de trabajo en el Hospital General formó varias decenas de patólogos y se realizaron 3,000 autopsias en el laboratorio a su cargo.¹⁴ Al inaugurarse el Instituto Nacional de Cardiología, los médicos residentes convivíamos con la familia Costero en un ambiente que nos era común. El maestro, doña Carmen su esposa, y sus hijos ocupaban el edificio anexo al que estaba destinado a los médicos que iniciábamos la especialización. Fue así como constatamos, la alegría de los pequeños y la formalidad y la disciplina de los mayores.

El otro de los médicos españoles que llegó al Instituto Nacional de Cardiología y desarrolló una labor docente y educativa de la más alta calidad, fue el Dr. Rafael Méndez. El llegó a nuestra patria una década después que el maestro Costero y se adaptó cabalmente al medio médico que se vivía en la capital del país. Ingresó al Instituto Nacional de Cardiología por invitación del maestro Ignacio Chávez y ocupó, desde su llegada en 1946, el puesto de Jefe del Departamento de Farmacología en el propio Instituto y el de profesor de la misma asignatura en la recién fundada Escuela de Graduados de la Universidad Nacional Autónoma de México.¹⁵

Vivió en el Instituto hasta el fin de su existencia, e igualmente formó una pléyade de discípulos y publicó una serie de estudios sobre farmacología, que aparecieron en numerosas revistas del país y del ex-

tranjero. Y también él tuvo un sentido profundamente humano en sus relaciones con los demás. A propósito una vez señaló: "Mi vida se fue desenvolviendo casi totalmente con mis amigos mexicanos. Y a propósito he dicho hartas veces que el amigo mexicano es de los mejores amigos del mundo".¹⁶ Fue el maestro Méndez un caballero bueno, un maestro generoso y un amigo ejemplar. Ya cerca del final de su vida tuvo la generosidad de participar en un homenaje organizado por el Dr. Jorge O. Carrillo para concederme un inmerecido reconocimiento y designó a uno de sus discípulos predilectos, el Dr. Abdo Bisteni, para que leyera las bondadosas palabras que él redactó. También él, como el maestro Costero, dejó escrita la impresión que le había causado su relación con el maestro Ignacio Chávez. Un día señaló: "Volví a México feliz porque en Chicago se inició entre el Dr. Chávez y yo una apertura y una amistad que continuó hasta su muerte".¹⁷ El maestro Méndez, como el maestro Costero, dejó para la posteridad un libro en el que quedaron relatados sus más íntimos recuerdos y muchos aspectos de su trayectoria en la vida. Ambos textos son del mayor interés porque enfocan lo mismo vivencias de nuestra medicina, que valiosas opiniones sobre lo que caminaron ambos en su tierra natal.¹⁸

Otro de los médicos emigrados fue el Dr. Germán Somolinos D'Ardois. El cumplió una destacada labor en el campo de nuestra historiografía médica; particularmente en lo que abarca épocas remotas. En dos obras quedó plasmada esa labor suya, verdaderamente ejemplar. En la monumental colección:

“Obras Completas de Francisco Hernández” editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, en la que ocupó el puesto de Secretario de la Comisión Editora,¹⁹ y en el libro impreso en 1964 por el Instituto Mexicano del Seguro Social en torno a la obra de Martín de la Cruz y Juan Badiano.²⁰ Fue don Germán Somolinos uno de esos maestros que dejaron huella perdurable en la patria que un día los acogió con una generosidad verdaderamente excepcional.

Al relatar esta labor del Dr. Somolinos en su patria de adopción viene a la mente, por razones obvias, el recuerdo de otro de los contribuyentes valiosos en el campo de la enseñanza y en la historiografía nuestras. Me refiero al Dr. Efrén C. del Pozo, a ese “potosino apasionadamente ligado a su tierra natal” como lo calificué alguna vez²¹ y que en la edición de las dos obras anotadas en las que colaboró el Dr. Somolinos, tuvo la responsabilidad más alta. Así trabajaron por largo tiempo uno al lado del otro.

La reproducción del Manuscrito de Martín de la Cruz y Juan Badiano es obra, verdaderamente admirable, del Dr. del Pozo. El fue a la Biblioteca Vaticana a conocer ese opúsculo indígena y luego, con la debida autorización del encargado de la colección de manuscritos del Vaticano y gracias al apoyo concedido por el Lic. Benito Coquet, director entonces del Instituto Mexicano del Seguro Social, pudo realizar una de las tareas editoriales más elaboradas que se hayan podido hacer. Logró una reproducción del libro de tal manera fiel, que hubo necesidad de fabricar el papel igual al que tiene el original, hecho

a mano y en la misma forma como se elaboraba en el siglo XVI. Igual cosa realizó respecto al terciopelo que cubre la pasta de ese documento excepcional y lo mismo para el dorado de los cantos.²²

Respecto a la monumental obra de Francisco Hernández, el Dr. del Pozo ocupó el puesto de Presidente de la Comisión Editorial.²³ Fue por mi amistad y mis relaciones con estos dos grandes señores de nuestra historiografía médica, por lo que yo me sentí atraído a esta labor editorial y de investigación histórica que en ocasiones he intentado realizar.

En este recorrido que ha quedado trazado, la Sociedad Potosina de Estudios Médicos ha seguido la ruta de su ya larga existencia. Y para terminar estos "recuerdos" haré un breve relato de los 44 años de vida que cumplió ayer.

El 4 de julio de 1951 se firmó el acta constitutiva de nuestra agrupación. Ocho médicos radicados en nuestra ciudad, ligados entre sí por fuertes lazos de amistad cumplimos esta misión. Tres nos han dejado ya: Ramón Villarreal, Carlos Guerra y José de Jesús Contreras. Y los cinco que integramos el grupo fundador fuimos: José A. Báez Durán, José Martínez Posadas, Teodoro Rosales, Mario Tello y el que habla.

Para realizar las sesiones semanales Carlos Guerra tuvo la gentileza de ofrecer un local anexo a su consultorio y allí, durante varios meses, tuvimos nuestra reunión cada miércoles. Pronto fueron ingresando nuevos miembros y eso contribuyó para tomar

la decisión de solicitar que se nos facilitara el auditorio del Hospital Central. Desde entonces nos hemos congregado en este recinto, en el que con satisfacción vemos asistir a nuestras sesiones a médicos que no son miembros de la agrupación y a estudiantes de la Escuela de Medicina.

Con la debida anticipación, cada año se elabora el programa de actividades y se distribuye en la sesión que tiene lugar el primer miércoles de febrero y que abarca hasta el último del mes de noviembre.

Tuvimos la fortuna de que también Carlos Guerra ocupara la presidencia de la agrupación al conmemorarse el 25 aniversario y con ese motivo cumplió con un programa en el que participaron distinguidos maestros procedentes de la capital del país. Durante los días 9 y 10 de julio de 1976 contamos con la participación del Lic. Antonio Carrillo Flores, del Dr. Isacc Costero, del Dr. Jesús Kumate y del Arq. Manuel González Galván. El trabajo del maestro Ignacio Chávez, fue leído, por el Dr. Pedro A. Serrano.²⁴

Veinte años antes, al cumplirse el V aniversario, se contó también con un programa especial de conmemoración, en el que se organizaron unas Jornadas Médicas durante los días 2, 3 y 4 de julio de 1956. Con lo expuesto en una de las conferencias se obtuvo material para editar una monografía. El tema expuesto fue sobre Insuficiencia Coronaria; en él participaron los maestros Ignacio Chávez, Isaac Costero, Enrique Cabrera y Felipe Mendoza. La impresión

del libro se realizó en la Editorial Universitaria Potosina, por acuerdo del rector Dr. Manuel Nava Martínez, y la distribución quedó bajo la responsabilidad de la Sociedad Potosina de Estudios Médicos y de la propia Universidad.

Antes de que esto sucediera, la Sociedad ya había realizado una tarea editorial que cumplió desde 1942, cuando se editó el primer volumen de Anales de la Sociedad Potosina de Estudios Médicos, hasta el año de 1961, cuando apareció el décimo de esta colección. La distribución de esta publicación anual se hacía en forma gratuita.

Además, la Sociedad ha editado cuatro Memorias durante su largo caminar. La primera apareció al cumplir el primer lustro y contiene los documentos fundamentales que le dieron vida, como son: el acta constitutiva y los estatutos, así como un relato de lo realizado en esos cinco años. Después, aparecieron las correspondientes al XX, XXV y XXXV aniversarios de la fundación. En ellas se encuentran datos de interés respecto a la marcha de la Sociedad; así como puntos de vista de diversos miembros. En la correspondiente al cuarto de siglo quedó expuesta la opinión del maestro Ignacio Chávez, respecto al camino que se había seguido.

Y hubo también un día en que nació como una obsesión, la idea de crear una hemeroteca. Esto sucedió cuando dábamos apenas los primeros pasos y pronto se convirtió, venturosamente, en realidad cabal cuando al cumplir el quinto año de vida escri-

bimos: "A partir de este año estamos recibiendo ochenta y una suscripciones periódicas y están encuadrados varios cientos de volúmenes".²⁵ Luego se fundieron los acervos de la Escuela de Medicina con los de la Sociedad y llegó el día en que se logró lo que hay hoy: una rica biblioteca médica debidamente instalada, que es resultado de esfuerzos compartidos hasta lograr algo que satisface a cuantos pusieron su empeño para dar este gran paso.

Finalmente quiero hacer referencia al profundo sentimiento de amistad y al humanismo que desde el día de su nacimiento ha trazado el rumbo que ha seguido esta Sociedad. Tal vez para ninguno de los miembros pasa desapercibido que estas dos funciones esenciales del hombre se viven a plenitud entre todos los miembros de esta agrupación. Y que además, estos sentimientos se han extendido a los familiares de los socios; por ello se puede hablar con propiedad que formamos una familia. Varios de los miembros han dejado escrita su opinión a este respecto. El Dr. Jorge Alderete señaló un día: "Año con año, nosotros los socios, unidos a nuestras esposas en torno a una cena y a una música, celebramos aniversario tras aniversario, en horas que se alargan por la alegría reinante. No olvido mencionar la sesión cultural que también queda integrada a estos festejos".²⁶

Y el Dr. Arturo Aguillón expresó en otra ocasión: "La Sociedad Potosina de Estudios Médicos, corporación científica imbuida de un hondo sentido humanista, al agregar a su tradición esta forma de

homenajear a sus miembros distinguidos, labra y asegura su destino".²⁷

Al cumplirse XXV años de vida, el maestro Ignacio Chávez señaló: "Fueron un grupo que soñó, pero que supo también actuar, poniendo su voluntad en consonancia con sus aspiraciones. La obra realizada por esta Sociedad en una Ciudad de la provincia mexicana, es un estímulo y un ejemplo".²⁸

Sí, aquí estamos, una vez más, reunidos para revisar algo de lo que hemos hecho en estos 44 años y también para expresar que debemos empeñarnos cada día más, por ampliar la ruta y elevar el sentido humanista en la tarea. No como una obsesión, sino con el respeto y el afecto que debemos sentir cada uno por el compañero que se encuentre al lado.

Para terminar quiero dejar como una despedida el concepto que sobre la amistad expuso un día el Lic. don Gabino Fraga: "Porque la amistad — dijo — es parte del amor al hombre, del amor al conocimiento, a la belleza, en una palabra, a la vida misma".²⁹

BIBLIOGRAFIA

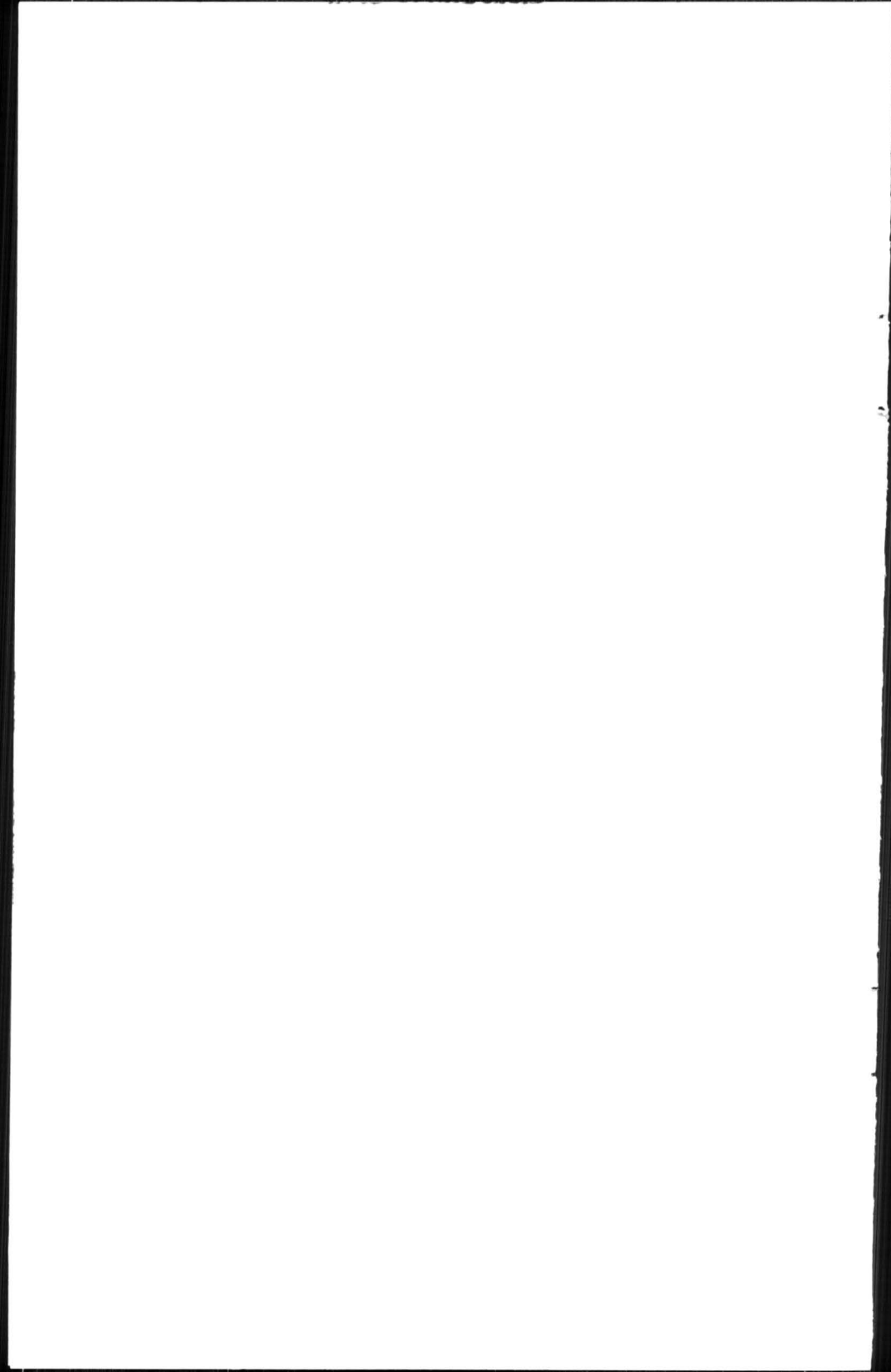
1. — PEDRAZA MONTES, J.F. *Apuntes Históricos de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí*. Editorial Universitaria Potosina. 1986; p. 28.

2. — TORRE, J.M. *De lo Escrito y lo Leído*. Editorial Universitaria Potosina. 1989; p. 51.

3. — PEDRAZA MONTES, J.F. Ref. 1, p. 36.

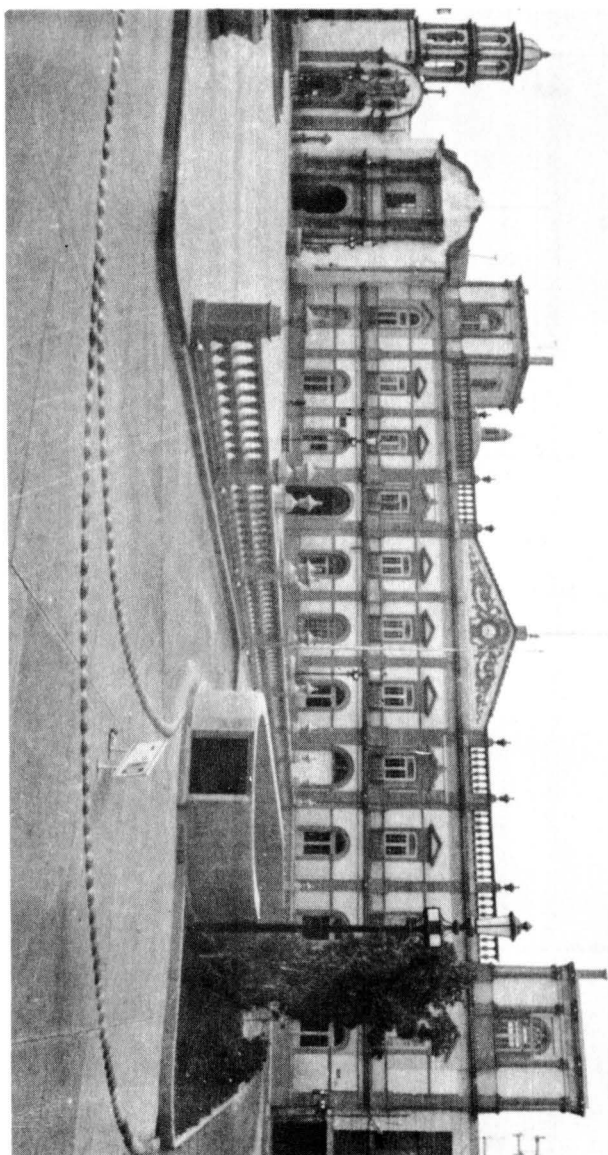
4. — QUIJANO PULMAN, F. *Primicias Médicas Potosinas y Varias*. Editorial Universitaria Potosina. 1992; pp. 289-91.

5. — *Bol Inf Esc Med*. 1985; 28: 123-31.

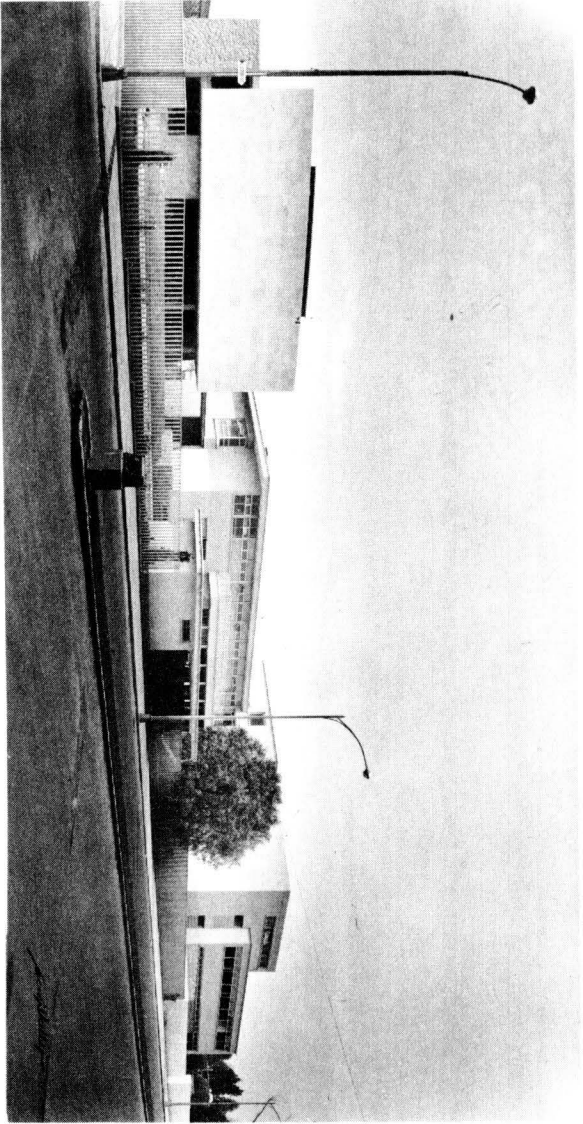


APENDICE FOTOGRAFICO

Fachada de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Marzo de 1980.



Fachada de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.



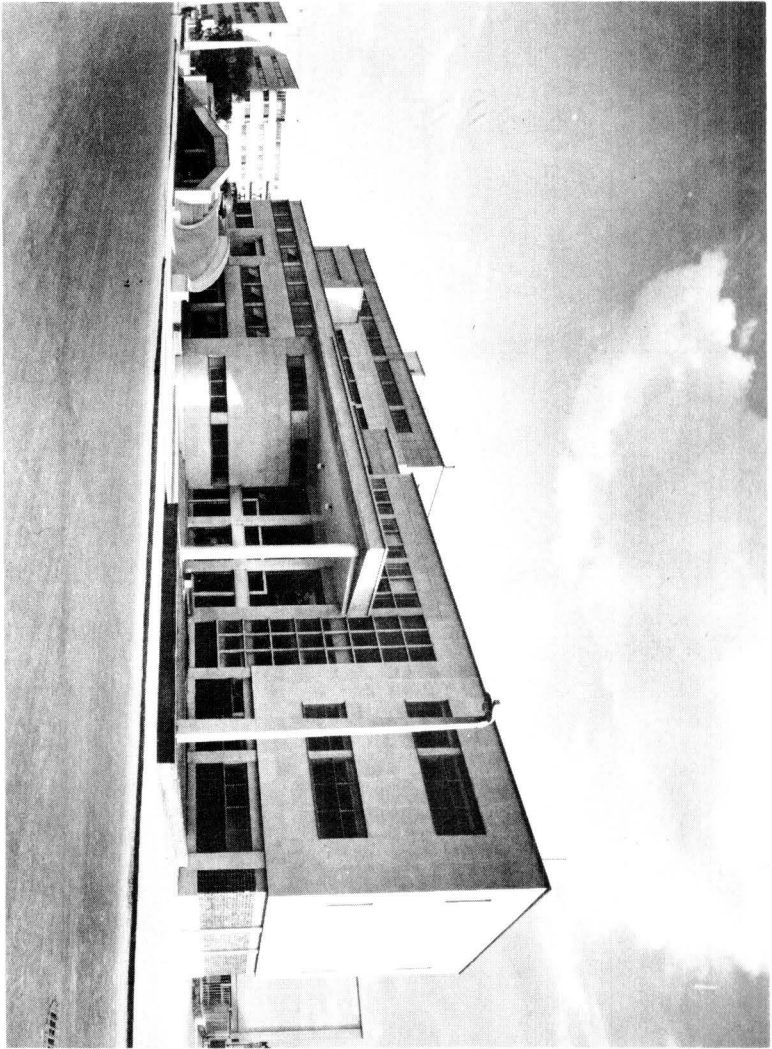
Fachada del Hospital Central Dr. Ignacio Morones Prieto. 1947.



21 de septiembre de 1955. Procedentes del Instituto Nacional de Cardiología, llegan al Hospital Central Dr. Ignacio Morones Prieto de esta ciudad, para hacer una intervención sobre corazón, los doctores: Margarita Mariscal (anestésista), Fernando Quijano (cirujano) y José Roberto Monroy (control transoperatorio).



Fachada del Instituto Nacional de Cardiología.



Clausura del V Ciclo de Días Médicos. Hospital Central. 2 de mayo de 1953.
De izquierda a derecha: Dr. José Miguel Torre, Sr. Ismael Salas, Gobernador Constitucional del Estado; Dr. Ignacio Morones Prieto, Secretario de Salubridad y Asistencia; Dr. Ignacio Chávez, director del Instituto Nacional de Cardiología; Dr. Manuel Nava Martínez, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí y Dr. Jesús N. Noyola, director del Hospital Central Dr. Ignacio Morones Prieto.



De izquierda a derecha, sentados: doctores Manuel Flores Blanco, María de Jesús Uresti, Rafael Flores Ramírez, director del Hospital Civil Dr. Miguel Otero; José Méndez Macías y Teófilo M. Agundis. Segunda fila: practicantes José Mata, Ernesto Tinajero, José G. Ortiz Ponce, Eduardo Espinosa Moya, Reyes Urías, Carlos Moreira Reyes, Angel Niño Ramos, Lisandro Navarro, Antonio Castillo H. y Lauro Ballesteros. Atrás: Alberto Escareño, David Rodríguez, Olegario García, Ramón Aguirre, Rutilo Noyola, José Isabel Haro y José L. López Salgado.



Director, Parte del cuerpo Médico y Practicantes del Hospital Civil
de Méjico, D.F. 5 de Mayo, 1904.

1904
Méjico



2000

1000

1000

1000

EX LIBRIS

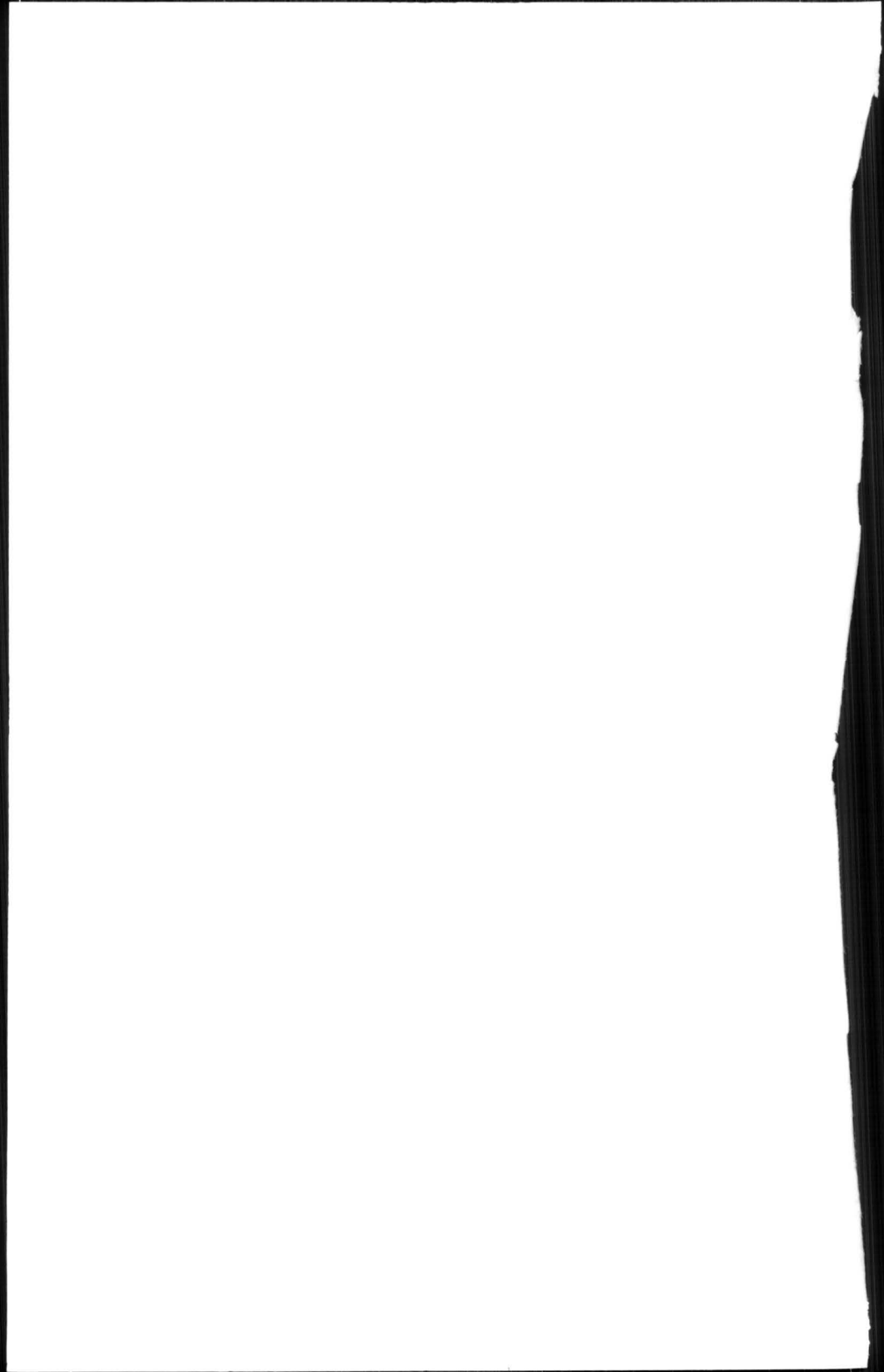


SISTEMA DE
BIBLIOTECAS
U.A.S.L.P.

No. DE REG.

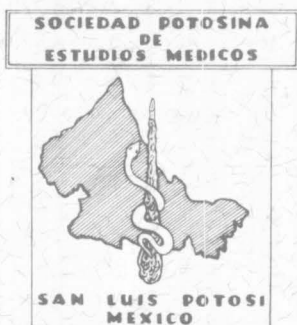
FLH433

EL SEÑOR ING. JAIME VALLE MÉNDEZ, REC-
TOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
SAN LUIS POTOSÍ, ORDENÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTE FOLLETO A LA EDITORIAL UNIVER-
SITARIA POTOSINA. LA EDICIÓN ESTUVO AL
CUIDADO DE SU AUTOR Y DEL C. P. JOSÉ DE
JESÚS RIVERA ESPINOSA. FUE CONCLUIDA
EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1995 Y CONSTA DE
500 EJEMPLARES.



JOSE MIGUEL TORRE

Remembranzas y Encuentros en un Largo Recorrido



SOCIEDAD POTOSINA DE ESTUDIOS MEDICOS
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

SAN LUIS POTOSI, S. L. P., MEXICO, 1995

501
R4



*Editorial
Universitaria
Potosina*



FLH433